

Juan Marsé, autor de *Últimas tardes con Teresa, Si te dicen que caí, El embrujo de Shangai...*

‘Seguimos con una educación sectaria, televisiva y zafia’

Dice tener «la pupila desarmada y descreída». Quizá por eso, a fuerza de ver las cosas sin anteojeras, es una pupila oscura, elocuente, capaz de alternar la risa y la seriedad con la rapidez con la que el héroe de la película saca el revólver, y adecuada para guardar alguna que otra sorpresa. Pero empecemos por el principio. Juan Marsé Carbó nació en Barcelona hace 69 años. Empezó a trabajar en un taller de joyería siendo un adolescente y con los años llegó a ser lo que era y sigue siendo, un gran escritor, narrador imprescindible de la Barcelona de los últimos sesenta años.

¿Llevas cuarenta años tratando de hacerte entender?

Esa última frase de la novela *Rabos de lagartija* tiene que ver conmigo en el sentido de que tengo la sensación de que hace cuarenta años que estoy escribiendo el mismo libro y todavía no creo que se me haya entendido bien. Algo así decía Bertold Brecht, «qué tiempos estos en que hay que repetir una y mil veces lo evidente».

Una de las constantes de tu obra es el asunto de la verdad y de la mentira, de las mentiras o no verdades para llegar a la verdad. ¿Por eso escribes? ¿Es esa la esencia de la literatura, del arte?

En el fondo creo que sí, aunque a mí nunca me ha gustado definir de una manera rotunda y definitiva la función del arte

y la literatura. El tema de la apariencia y la realidad está en todas las grandes novelas de una manera u otra, desde *El Quijote* hasta *El Gran Gatsby*. Pero es que, además, la novela se nutre exactamente de eso, porque la novela en sí misma es una mentira que si se construye de manera convincente resulta una verdad. De ahí a decir que creo más en algunos personajes de novela que en algunos personajes reales hay un paso.

Por ejemplo...

A mí me parece totalmente convincente un Julián Sorel y

Últimamente nuestros políticos se han dedicado al juego de ver quién la tiene más grande, la bandera clara...

Es grotesco. Siempre recuerdo lo que decía Flaubert: «Todas están tan llenas de sangre y de mierda que ya sería hora de acabar con ellas», pero nadie lo hace. No tengo nada más que decir de las banderas, que me cago en ellas, en todas.

«Joyce me enseñó a huir de la religión, la nación, la lengua y la bandera». ¿Son acaso la madre y el padre de todas las desgracias?

Historias de derrotados que no se dan por vencidos

Reconocido como uno de los mejores escritores contemporáneos en lengua castellana, ganador del Premio Nacional de Literatura 2001, al autor de *Últimas tardes con Teresa, Si te dicen que caí, El embrujo de Shangai* o *Rabos de lagartija* lo avalan, sobre todo, la fidelidad y el respeto de sus lectores. Él se reivindica un simple «contador de historias» y dice tener una única regla: «No aburrir al lector». Sus novelas están

pobladas de adolescentes que buscan la verdad y la belleza que la realidad les escamotea en descampados suburbanos y salas de cine de la Barcelona de posguerra, de padres ausentes, de charnegos de imaginación insensata, de derrotados que no se dan por vencido: pese a la corrupción persistente de los sueños.

en cambio el señor Aznar me parece totalmente inverosímil. Y sin embargo está ahí, es de carne y hueso, parece ser que se mueve y lo fotografían y en cambio a Julián Sorel nunca se le ha fotografiado, pero yo creo más en la existencia de Julián Sorel que en la del señor José María Aznar.

Sí, sí, de enormes desgracias, de los nacionalismos, de ese problema que le tiene comido el coco a tantas personas, de la identidad. La identidad, las raíces, no las familiares, no, las raíces étnicas. Es tan absurdo, porque venimos todos de piratas, de moros, del mono, ¿no? No puedo comprenderlo, yo

no he sentido jamás ninguna adhesión de ese tipo. No me siento nada español en ese sentido, y tampoco me siento nada catalán. No me siento nada.

¿Quizá de tu familia, de tus amigos...

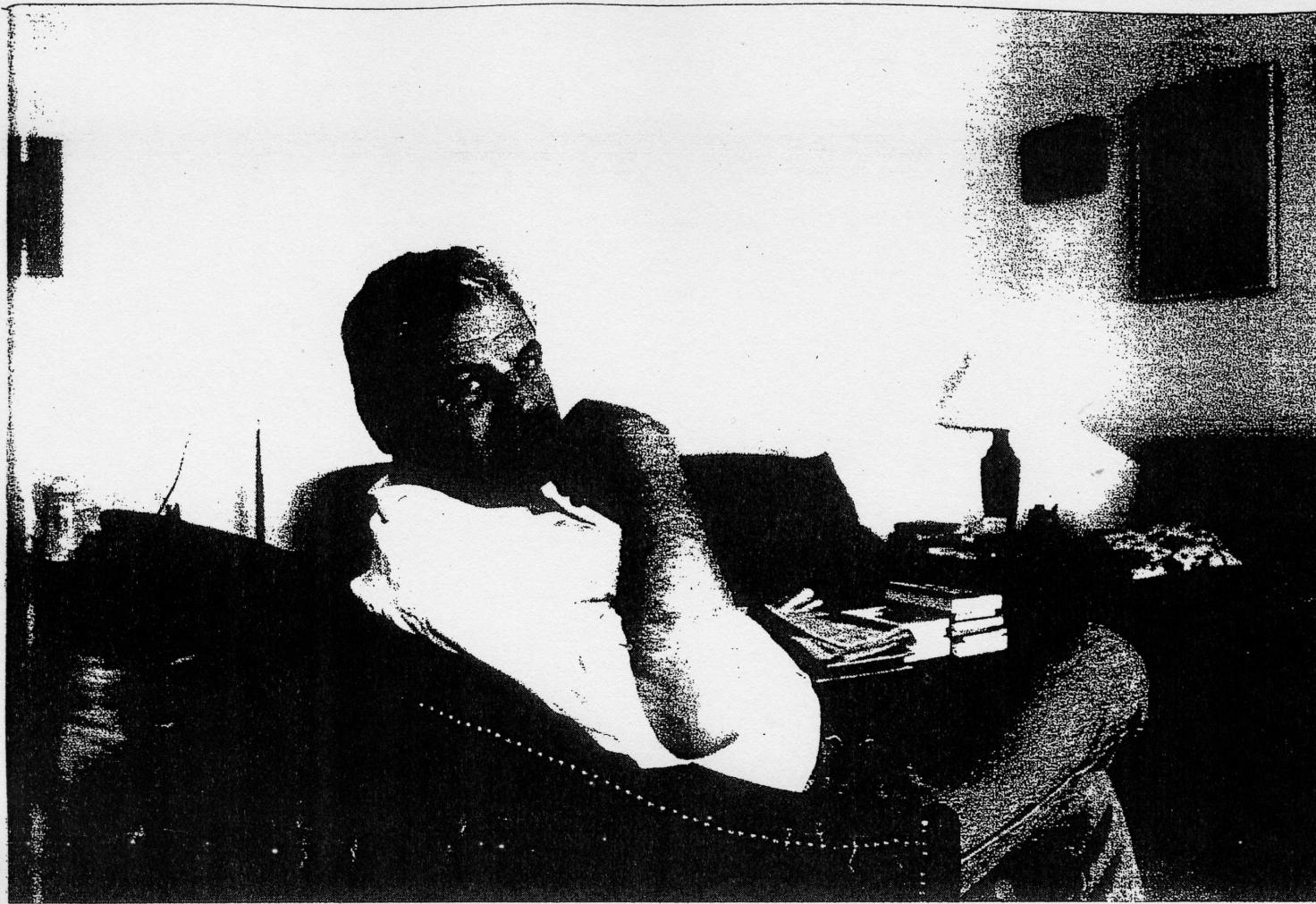
Por supuesto, claro y, si me apuras, Valle-Inclán decía: «Yo no soy patriota, yo soy lugareño». Es decir, si hay un sitio que es mi sitio, cada uno tiene el suyo, donde te has criado, un territorio que ya te acompaña toda la vida. Conozco la historia de mi país y sé que como la historia de tantos países es una historia de crueidades y de disparates, de batallas absurdas... No hay como para estar tan orgulloso.

¿En cuanto alguien tiene poder se toma a sí mismo demasiado en serio?

Yo, con los políticos, siempre dudo si son unos chorizos o si son tontos. En cualquiera de ambos casos, no me merecen ningún respeto. Claro, una cierta condescendencia con los que van de buena fe es inevitable, pero al final acabas cargando con las consecuencias tanto con unos como con otros.

¿Y su actuación en el terreno de la educación y la cultura?

Soy escéptico. Cambian los gobiernos, cambian los ministros y los directores generales, pero la enseñanza y la cultura propiciadas por los poderes públicos no cambian, seguimos con una educación sectaria y timorata, opusdeísta, televisiva y zafia.



Se acaban de cumplir cincuenta años de la llegada del Pijoaparte a Barcelona. ¿Qué ha cambiado de la Barcelona de *Últimas tardes con Teresa*?

Barcelona ha cambiado físicamente, han cambiado formas de vida, la mentalidad de los estudiantes. En la época había una dictadura. Pero esa propensión al mito que tiene Teresa, porque en definitiva es eso lo que la lleva a confundir a un delincuente con un miembro del partido comunista, esa propensión al mito existe, que no es ni más ni menos que confundir la apariencia con la realidad. Teresa, lo mismo que cierta mentalidad de izquierdas llena de generosidad pero muope, lee equivocadamente la realidad. En cuanto a la mentalidad del joven de provincias que llega y se encuentra en un medio hostil por lengua, por cultura, que intenta integrarse y se le cierran los caminos, eso no ha cambiado.

'Ahora hay ciertos organismos de acogida [de inmigrantes] que antes no existían, pero el problema persiste: la sociedad sigue cerrada'

Quizá la diferencia es que ahora los inmigrantes vienen de un poco más al sur.

Claro. Es verdad que ahora hay ciertos organismos de acogida que antes no existían, entidades que denuncian el racismo... Pero el problema creo que persiste, es decir, creo que la sociedad sigue cerrada.

Intuyo cierta propensión a la derrota.

Sí, aunque no se trata de ninguna derrota cotidiana. Se trata de una derrota más abstracta, que tiene que ver con la derrota a la que nos somete la vida. Nos espera a todos el olvido más absoluto, incluso de la propia obra literaria. Se refiere más bien a eso, al sentimiento de que uno ha venido a esta vida para ser

derrotado por el tiempo, y es un fracaso absoluto y total, tanto la belleza como la propia vida. Así que no puedes andar por el mundo en plan vencedor, aparte de que a una cierta edad y habiendo visto y vivido determinadas cosas se necesita ser un poco cretino. Pero bueno, eso no tiene nada que ver con que uno siga batallando por lo suyo.

Pero yo te he oido decir que si a algo ha venido uno a este mundo es a ser feliz. Parece difícil de alcanzar partiendo de esa certeza.

Bueno, es que de todos modos la felicidad no deja de ser una contraofensiva. Está claro que si a algo hemos venido es a ser felices. Si no, ¿a qué diablos se ha venido?

¿Y si no hubiéramos venido para nada en particular, para perpetuar la especie y sanseacabó?

Es que no quiero resignarme a pensar que hemos venido para nada. Que hemos venido para perpetuar la especie está clarísimo, pero siendo felices. Siendo desdichados no. No se puede admitir.

Y tener ilusiones, ¿es condición de la felicidad o es todo lo contrario?

Me parece que consiste en un equilibrio. Hay que tener ilusiones, pero hay que ser un poco realista acerca de tus posibilidades. Los sueños son importantísimos. No se puede vivir sin ellos. La literatura es uno de tantos sueños. Es un intento de modificar la realidad, de contar las cosas no como han sido sino como podrían haber sido.

Eva Muñoz